

READING PLAN

Chapter: 18

3th

SECONDARY

Soy leyenda

TOMO II



 **SACO OLIVEROS**

CITAS TEXTUALES

Los documentos consultados y utilizados para la realización del trabajo deben quedar mencionados en el mismo, para aportar rigor académico, ayudar a quien lee a encontrar información, y no incurrir en plagio.

- ❖ Referencia bibliográfica: descripción normalizada completa de cada uno de los documentos consultados en el trabajo, que quedan consignados en una bibliografía final.
- ❖ Cita: breve mención, dentro del texto del trabajo, del documento al que se hace referencia en la bibliografía.
- ❖ Existen diversos estilos de relacionar las citas dentro del texto y sus correspondientes referencias bibliográficas.
- ❖ Una vez seleccionado un estilo se debe usar para citar y referenciar todos los documentos a lo largo del trabajo.

Citas textuales en APA

Las citas textuales vienen hacer los textos que son copiados de igual forma al texto original. Y dependiendo del tamaño, se puede cambiar el formato de presentación. Si las citas APA tienen más de 40 palabras entonces se presentan en texto, si es más de 40 palabras de otra forma.

Si quieres conocer más sobre las citas textuales.

citatextuales.com



Ejemplo: En este trabajo sostenemos que “*la identidad lingüística proviene de la lengua materna*” (Di Tullio, 2003, p. 29).

DATOS A CONSIDERAR EN LA CITAS

- ❖ Apellido del autor
- ❖ Año de publicación del texto
- ❖ Número de páginas citadas

Ejemplo 1: Si analizamos la literatura francesa antes de la revolución, veremos que “*la literatura ilegal formaba por sí sola un mundo aparte, un sector especial del comercio del libro*” (Darnton, 2008, p. 51).

Ejemplo 2: "En Estados Unidos la American Cancer Society (2007) calculó que en 2007 se diagnosticarán cerca de 1 millón de casos de cáncer cutáneo no melanomatoso (NMSC) y 59,940 casos de melanoma, siendo este último el causante de 8,110 muertes" (Miller et al., 2009, p. 209).

SOY LEYENDA

En aquellos días nublados, Robert Neville no sabía con certeza cuándo se pondría el sol, y a veces ellos ya ocupaban las calles antes de que él regresara. Durante toda su vida, la hora del crepúsculo estaba relacionada con el aspecto del cielo, y por lo general, prefería no alejarse demasiado. Paseaba alrededor de la casa, bajo una luz grisácea y débil, con un cigarrillo en la boca y un hilo de humo por encima del hombro. Comprobó que las ventanas no tuvieran alguna madera suelta. Los ataques más violentos dejaban tablones rotos o medio arrancados, y debía remendarlos. Odiaba esta tarea. Hoy afortunadamente, sólo faltaba un tablón. Cuando estuvo en el patio revisó el invernadero y el depósito de agua. A veces los hierros que cubrían el depósito se aflojaban y las cañerías estaban retorcidas o rotas. A veces, en el invernadero, las piedras que arrojaban por encima del muro agujereaban los cristales y había que cambiarlos. Pero el depósito y el invernadero estaban intactos en esta ocasión.

Regresó a la casa. Cuando abrió la puerta de calle apareció en el espejo una imagen de sí mismo absolutamente distorsionada. Hacía un mes que había colgado allí aquel espejo agrietado. Al cabo de pocos días, algunos trozos caían en el porche. Puede caer entero, pensó. No tenía idea de colgar allí otro maldito espejo; no valía la pena. En cambio, había puesto algunas cabezas de ajo. Darían mejor resultado.

Cruzó lentamente la sala, sumida en el más absoluto silencio, dobló por el oscuro pasillo de la izquierda, y entró en el dormitorio. En otro tiempo, la habitación había estado abarrotada de adornos, pero ahora todo era completamente funcional. Como la cama y el escritorio ocupaban muy poco espacio, había convertido una pared en almacén. En el estante se podía encontrar un serrucho, un torno y una piedra de esmeril. Y en la pared, un muestrario completo de herramientas. Neville cogió el martillo y encontró, en medio del desorden de una caja, unos cuantos clavos. Volvió a salir, y clavó rápidamente el tablón que se había estropeado, arrojando los clavos restantes en la derrumbada puerta próxima. Permaneció allí durante un rato, de pie en el jardín, contemplando la calle larga y silenciosa. Era un hombre alto, tenía treinta y seis años y su ascendencia era inglesa y alemana. En su rostro, nada llamaba especialmente la atención, excepto la boca, ancha y firme, y los brillantes ojos azules, que observaban ahora las ruinas de las casas vecinas. Las había quemado para evitar que se acercaran por los tejados. Pasados algunos minutos, respiró hondo y volvió a entrar. Arrojó el martillo sobre el sofá de la entrada, encendió otro cigarrillo y tomó la copa de la media mañana. Poco después entró en la cocina de mala gana. Debía deshacerse de la basura acumulada en el vertedero. Debía también quemar los platos y vasos de papel, y quitar el polvo a los muebles, y lavar el fregadero y la bañera, y cambiar las sábanas y la funda de la almohada. Pero vivía solo, y esas cosas podían esperar.

A mediodía, Neville estaba en el invernadero recogiendo cabezas de ajo. Al principio su estómago no podía soportar el olor de ajo. Ahora lo tenía impregnado en las ropas, y a veces pensaba que hasta en la piel, y casi no lo notaba. Cuando le pareció que tenía suficientes volvió a casa y los colocó en el vertedero. Accionó el interruptor de la pared. La luz vaciló unos instantes antes de brillar normalmente. Neville dejó escapar un chasquido de disgusto entre las mandíbulas apretadas. Otra vez el generador. Tendría que repasar el maldito manual y comprobar los cables. Y si la reparación era demasiado complicada, debería comprar un nuevo generador. Se sentó, malhumorado, en un taburete junto al vertedero y sacó un cuchillo. Primero, fue separando los pequeños dientes rosados entre sí, luego los cortó por la mitad. El acre y penetrante olor inundó la cocina. Puso en funcionamiento el acondicionador de aire y la atmósfera quedó bastante limpia. Luego, con un punzón, practicó un agujero en cada mitad de diente y las atravesó con un alambre hasta formar unos veinticinco collares. En un principio colgaba estos collares en los cristales, pero la pedrea le había obligado a tapar todos los cristales con madera terciada. Finalmente había sustituido estas maderas por tablones, con lo que la casa se había convertido en un lúgubre sepulcro; pero había puesto fin a aquella lluvia de piedras y vidrios rotos que entraba todas las noches en las habitaciones. Y una vez instalados los tres acondicionadores de aire, se pudo respirar mejor. Un hombre puede acostumbrarse a todo.

Cuando tuvo terminados los collares, salió y los clavó en los tablones de las ventanas, y retiró luego los viejos porque ya habían perdido casi todo el olor. Realizaba este trabajo dos veces por semana. No había otra forma de defenderse mejor que ésta, por el momento. ¿Defenderse?, pensaba a menudo. ¿Para qué? Durante la tarde pasó el rato haciendo estacas. Con la ayuda del torno reducía los tarugos de madera a estacas de veinte centímetros. Luego les afilaba la punta en la piedra de esmeril. Era un trabajo agobiante y monótono, y el aserrín flotaba en el aire con su tibio olor y le penetraba los poros y los pulmones, y le provocaba la tos. Pero las estacas nunca alcanzaban, independientemente de las que hiciese. Y los tarugos escaseaban cada vez más. Pronto tendría que usar tablas. Pensó, irritado, que eso sería el colmo. Todo era demasiado deprimente y debía pensar en cambiarlo. ¿Pero cómo, si no podía dedicar ni un minuto a pensar? Mientras torneaba, el altavoz del dormitorio dejaba llegar el sonido de la Tercera, la Séptima y la Novena de Beethoven. Con la música llenaba el terrible vacío del tiempo. A partir de las cuatro de la tarde empezó a contemplar el reloj de pared. Trabajaba en silencio, con los labios apretando el cigarrillo, los ojos clavados en el taladro que mordía la madera sembrando el suelo de un polvo blanquecino. Las cuatro y cuarto. Las cuatro y media. Las cinco menos cuarto. Sólo faltaba una hora y los asquerosos bastardos rodearían la casa. Tan pronto como se pusiera el sol, aparecerían. Se detuvo ante la enorme nevera para elegir su cena. Los ojos indecisos se pasearon por las carnes, los vegetales congelados, los panes y los pasteles, las frutas y cremas.

Continúa leyendo en tu libro físico.

ACTIVIDAD N° 6 - II

ACTIVIDAD N.º 6

1. Nivel literal

- a. Describe brevemente la situación que se encontraba atravesando Robert Neville.

- b. ¿Quién era Ben Cortman?

- c. ¿Qué era lo que ocurría siempre a partir de las 5 de la tarde?

RESUELVE
CON TU
PROFESOR EN
CLASE

- d. ¿Cuál era el aspecto de Robert Neville?

- e. ¿Qué función tenían los ajos y las estacas para Robert Neville?

2. Nivel inferencial

- a. ¿Por qué el disco *El año de la plaga*, de Roger Leie, enfureció a Robert Neville?

- b. ¿Cuáles crees que eran los sentimientos que albergaba Robert Neville acerca de su situación?

RESUELVE
CON TU
PROFESOR EN
CLASE

c. ¿Qué podría significar la siguiente expresión extraído del texto?

"Contempló el mural durante unos minutos y trató de pensar que era realmente el océano. ¿Pero cómo podría concentrarse con todos aquellos chillidos y gritos nocturnos?"

3. Nivel crítico

¿A qué crees que se deba la angustia que sufre Robert Neville?

RESUELVE
CON TU
PROFESOR EN
CLASE

4. Nivel creativo

a. Tomando como referencia el relato presentado, redacta una situación parecida donde tú eres el protagonista.

b. ¿Has vivido una situación parecida a lo expuesto en el relato durante la cuarentena por la COVID?

5. Fortalecimiento personal

Dialoga con tus compañeros de manera reflexiva y presenta propuestas de adaptación a situaciones de extrema soledad y peligro como lo expuesto en la lectura.

RESUELVE
CON TU
PROFESOR EN
CLASE